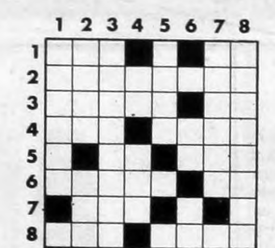
Con censura 27

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Corcho que se pone en la red de pesca para que no se hunda. / Campeón, el primero en su clase.
2. Ganado caballar en el que predominan las yeguas.
3. Transpiración. / Prep. insep. que significa por causa o en virtud de.
4. Piedra consagrada al altar. / Elevado.
5. Símbolo químico del neptunio. / En el día anterior al de hoy.
6. Antiguamente, vianda o manjar. / Part. privativa o negativa.
7. Perciben los sonidos.
8. Vosotros. / Cantar payadas.

VERTICALES

1. Acariciaba con los labios.
2. Alimento de leche cuajada por acción de una bacteria. / Licor de aguardiente y almendras.
3. Colaboradores.
4. Hombre encargado de cuidar y educar a los niños. / Alimento cotidiano.
5. Hierra, acción de marcar el ganado.
6. Nota musical. / Apócope de mamá.
7. Terraza.
8. Corromper a alguien con dádivas.

SOLUCION 26

Letra censurada: La N.
Horizontales: 1) Narcótico. 2) Vino / Re. 3) Aposento. 4) Rin / Ova. 5) Roncar / Et. 6) Abuelo. 7) Su / Ansise. 8) Anás / Nos.
Verticales: 1) Navarros. 2) Ripio / Una. 3) Cono / Can. 4) Sanabas. 5) Tren / Ruin. 6) Nieto / Neso. 7) Noveles. 8) Nono / Natos.



SUEÑOS DE VERANO

La cadena del futuro

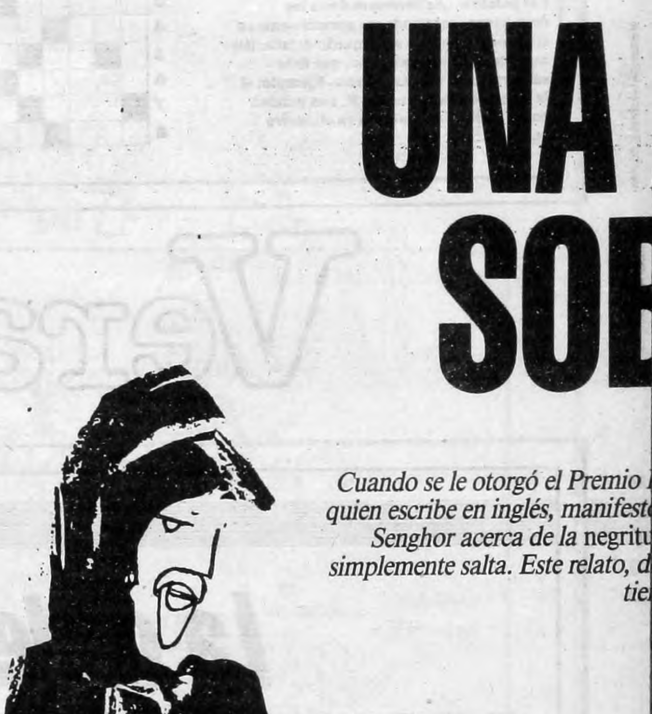
(Por Miguel Briante) Son cuatro. Empiezan a hablar de a uno, por encima del zumbido de la gente amontonada.

—Comprarme el título. Poner la chapa en la puerta y que un mucamo japonés la lustre todos los días, a eso de las once, cuando las chusmas del barrio salen a hacer las compras. Yo arranco atrás de ellas, de las vecinas, en el Mercedes Pagoda, con chofer. Yo, de piyama de seda. El fercho, sencillo. Visera pero sin gorra. Visera verde, agarrada con elástico, como en las timbas. El Cacho, el perro, con un collar de pelo de elefante y la cadena que llevo en la mano, de platino, larga, para que el Cacho se mueva a su antojo. Seguro que las brujas que le llenan la cabeza a mi vieja porque no me recibo se enredan en la cadena, putean, y en cuanto la cadena quede medio tirante entro yo, haciendo sonar las pantuflas chinas bordadas en oro. Hago la cola como cualquiera, y cuando me toca pido dos kilos de lomo. Todos los días, dos kilos de lomo. Le digo al punto que me lo corte en rodajas y le voy tirando las rodajas al perro, una por una, mientras elijo las mejores partes, un día para un puchero, otro para un asado.

—A mí esas cosas del barrio no. La primera que me viene es la del laburo. Volver normal, tranquilo, a la distribuidora-venta-por-mayor. Durante dos semanas recorro los almacenes como siempre, levanto pedidos normales. Tantas latas de pulpa de tomate, varias cajas de durazno al natural, algunas latas de ese aceite que no conocen ni los perros, de fraccionamiento propio. Como siempre. A fin de mes el jefe de vendedores me va a llamar para decirme lo de todos los meses. Que hace un año que estoy y no he podido pasar a un promedio de ventas decente, con lo inteligente y lo preparado que soy. Yo espero los días anteriores a la Semana Santa, que es cuando se ven los pingos, tratando de vender esa mierda de bonito pescado en el Sur como si fuera auténtico bacalao español. Entonces voy a todos los clientes de la cartera, hago todo Lomas, hasta la Villa, me voy al fondo de Temperley, agarro los almacenes de la curva de Turdera y del Camino Negro. Les digo a los almaceneros que pidan, que yo pago, y les hago el cheque ahí nomás, para que lo crean. Vendo como nunca, como nadie. Entonces me llama el jefe de vendedores, que está con la gorda y el tránsfuga, los dueños. Me felicitan. La gorda dice que vendí más que el jefe de vendedores. Entonces digo que quiero dedicar una parte de mi comisión a hacerles una fiestita, a todos los de la empresa, ahí mismo, en el local. Pido que me adelanten con el champán más caro. Se hace la reunión al final de la tarde y todos me aplauden. Empiezo un discurso emocionado. La dueña, la gorda, me mira con ternura. En el medio del discurso tu chofer para el Pagoda que te compraste en la puerta, baja y me dice que es hora de irnos. Entonces los mando a todos a la puta que los parió.

—Pará, pará. Antes repartís las cajas que te trajo el chofer de éste, y que yo te mandé. Revoleás cajas y cajas de tabletas de dulce de leche. Porque yo me voy a quedar por la zona. Voy a comprarme lo que quede de La Martona y les voy a hacer fabricar de vuelta esas tabletas de dulce de leche, la vaquita, que comía cuando era chico, acá en Miramar. Me voy a comprar el lugar donde las vendían, que era en una calle de tierra, y me lo voy a pasar comiendo todas las tabletas que quiera, mirando a la gente que ya viene de la playa. Todo un verano. ¿Cómo? ¿Vos todavía no hablaste? ¿Qué decís?

—Digo que queda una sola ficha y va la última bola. ¿La cambiamos y entonces podemos volver en colectivo? ¿O por lo menos decidieron a qué número se la vamos a poner?



UNA SOB

Cuando se le otorgó el Premio [...] quien escribe en inglés, manifest[...] Senghor acerca de la negritu[...] simplemente salta. Este relato, d[...] tie[...]

James? El pastor parecía desconcertado. ¿Estás seguro de que no te equivocas?

—Yo no miento —respondió el bufón, redondo como una pelota con los ojos brillantes en la oscuridad bajo el techo de paja de la iglesia que se encendía con el repiqueteo de tambores que llegaba desde fuera.

—Calma, querido amigo. Yo nunca he supuesto tal cosa. Sólo creo que James es un nombre sumamente extraño para el hijo de un rey en esta parte de Africa. Pero bueno, en fin, que así sea.

Mojó un dedo en el tazón con agua bendita e hizo la señal de la cruz sobre la cabeza del niño que dormía.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, bautizo a este niño, príncipe James Ademola Olumuyiwa Akinjagunla Madojutimi Kupamiti, heredero del famoso trono de Abeolumo.

Inmediatamente después de pronunciadas estas palabras, el bufón realizó con desenvoltura dos volteretas y aterrizó fuera de la iglesia.

¡Viva el Príncipe James!, gritó la multitud que esperaba impaciente.

Conforme a lo convenido, se dio la señal para el lanzamiento de una salva de 101 cañonazos. De haber sido una niña, hubiesen correspondido entonces 21 disparos, como todos sabían. Pero la gente no se preocupaba por el hecho de que el hijo del rey fuese una hembra o un varón: lo importante era que un heredero había nacido y que el reino no volvería a sufrir el sojuzgamiento de Gran Bretaña, el pueblo de Abeolumo no tendría que seguir pagando altos impuestos ni obedecer las leyes extranjeras. Fuera de palacio se vendían los derechos exclusivos de las primeras imágenes del príncipe a los pintores de la corte que más ofreciesen. Mientras, los músicos ya habían comenzado a componer canciones y baladas sobre el gran suceso. No hace falta señalar que el niño durmió profundamente durante la ejecución de los 101 disparos en su honor, por lo que fue llamado Su Serenísima Majestad. Era un hermoso crío. Su tez era marrón como el chocolate, sus ojos brillaban como dos diamantes negros en lagos lechosos, y en la nariz presentaba una marca de distinción que se ensalzaba en —por lo menos— cuatro estrofas de cada canción. Cada tambor que tenía por misión difundir la noticia del nacimiento por todo el país dedicaba unos repiqueteos a la nariz. Algún pobre desgraciado que aventurara el deseo de acercarse al niño "sólo para estar seguro de que se trata de una marca de distinción y no de una verruga", se arriesgaba a ser condenado al destierro en un mal reputado país, conocido por reunir a los jugadores más ignotos del mundo.

Pero el significado real de estos hechos fue omitido por los trovadores. Los sucesos tuvieron lugar a comienzos del siglo XIX al unirse las familias reales británicas y africanas. Debemos viajar al menos doce lunas en el tiempo para describir la evolución de los hechos que llevaron a un príncipe africano a tener un nombre como James.

Fue por supuesto Oddy Summers quien sugirió al rey tal nombre. Cuando los misioneros llegaron a esta parte de Africa no sólo convirtieron al cristianismo a este pequeño reino, sino que también dejaron instalado a un equipo de expertos para asegurarse el éxito total de su objetivo. Demostraron gran astucia política, ya que como ofrenda de honor al rey crearon un cargo de asesor de los futuros príncipes y princesas, para educarlos en lo relativo a las maravillosas costumbres occidentales, lo cual se constituye claramente en un precedente de lo que mucho después realizó Su Calva Majestad Yul Brynner a su llegada a Siam. Oddy Summers era el venturoso hombre que tenía a su cargo tal responsabilidad, y en poco tiempo logró que la corte se interesase vivamente por los valores occidentales. El tal Summers era un tipo notable: en realidad, era misionero en el sentido de que tenía una misión en la vida y no porque fuese un auténtico cristiano. Summers era el diplomático más astuto que existía en el equipo de misioneros. No tenía escrúpulos, siempre decía que el fin justificaba los medios y, por ello, le tocaba en suerte domesticar a los paganos de la familia real para hacerles ver la luz. Aunque si nos atenemos a la verdad histórica —sin pretender disminuir la contribución de los misioneros— comprobaremos que su labor en Abeolumo fue sumamente sencilla. Kupamiti era un joven revolucionario que mucho antes de su llegada al poder ya había leído la Biblia desde la primera a la última página al menos siete veces (esta propaganda enemiga le fue proporcionada por un nómada cuando él era príncipe en secreto). El antiguo rey, un hombre brutal y conservador, había muerto de la misma forma en que vivió y Kupamiti, antes de la llegada de los europeos, había estado en el trono tan poco tiempo que lo único que alcanzó a procurarse fueron cinco esposas, aunque sólo tenía miradas para una de ellas. Dado que nunca se aficionó a los placeres de la poligamia, no le resultó difícil convertirse al cristianismo (la defensa de la poligamia fue en muchos países el mayor obstáculo para la extensión de las misiones). De esta forma, el rey Kupamiti recibió a sus "enemigos" con la clásica hospitalidad africana.

—Les saludo, hombres sagrados —les dijo—. No se sorprendan por el hecho de que domino su lengua, que he aprendido a través de la lectura de la Biblia. He sido advertido acerca de su llegada y los acojo como hombres honorables que son.

—Venimos con saludos y regalos para ti de nuestra reverenda reina Victoria... y de nosotros mismos.

—Al grano: Uds. han venido aquí para convertirme a mí y a mi pueblo, ¿no es cierto? No tengan miedo. Mis espías me han contado todo de Uds. y su fantástico dios blanco. Es una religión moderna y me gusta. Además me parte el corazón ver la buena comida echarse a perder en nuestro altar de sacrificio, y según tengo entendido, su dios no come. Está bien. Quiero que mi pueblo tenga muchos días festivos; he escuchado que Uds. tienen algunas fiestas...

—Claro, Su Majestad. Tenemos la Pascua y Navidad...

—Bien entonces conservo las fiestas de nuestra religión y añado las suyas. Ahora pueden convertirme. Estoy listo.

—Su Majestad, antes de bautizarle hay un par de cosas que debemos aclarar ¿Es verdad que está casado con cinco mujeres?

—Veo que sus informantes son tan buenos como los míos. Sí, tengo cinco mujeres. Confío en una salida prudencial.

—Pero, Su Majestad, para poder ser un buen cristiano, es necesario que se deshaga de cuatro de ellas.

Kupamiti se quedó tieso. Luego comenzó a andar en torno de sus invitados como un tigre irritado, examinándolos detenidamente. Apuntó su barbilla de ébano hacia ellos, chasqueó los dedos, y se fue a almorzar.

Dos horas más tarde, estaba de vuelta.

—Me he decidido —dijo—. Concédanme una semana para decidir cuál es a la que más quiero. Luego echaré a las otras.

El líder de la delegación dio un paso al frente.

—Su Majestad, espero que a la hora de tomar un determinación, considere los puntos de vista cristianos. Debe tener en cuenta el carácter, la capacidad de adaptación, la modestia, y un genio sensible y amistoso.

—Gracias —dijo Kupamiti—, pero olviden Uds., que yo soy un hombre y no un misionero. Hay otras cosas en las que debo pensar.

—¿Como por ejemplo, Su Majestad?

Kupamiti sonrió.

—Querido amigo, aun en Africa las noches pueden ser muy frías.

El líder se tensó.

—Su Majestad... sería lascivia.

—¿Cómo?... —tronó Su Consternada Majestad.

Tras una breve estancia en la cárcel, los misioneros fueron conducidos siete días más tarde ante el rey. Kupamiti había tomado una decisión; por consiguiente fue bautizado. Esto significaba que en tan sólo unos días todo el reino sería cristianizado. Cuando doce meses después Oddy Summers sugirió que el hijo del rey debería llamarse James, Kupamiti se mostró receloso, pero Summers le aseguró que era un nombre muy común entre los monarcas británicos, y que su único motivo era unir a las dos familias reales. Mintió. Ese enlace ya estaba establecido. La realidad de los hechos sobre cómo el príncipe tuvo este nombre tiene que ver con una de las intrigas urdidas por Summers: en verdad, se trató de una intriga por todo lo alto, que por su audacia puede equipararse a las más importantes conspiraciones del Cardenal Mazzini.

La reina era estéril. Ella pudo constatarlo con decepción seis lunas después de su noche de bodas. Lloró amargamente en el arroyuelo que corría centelleante y suavemente entre



UNA HISTORIA SOBRE DOS

Por Wole Soyinka

Cuando se le otorgó el Premio Nobel de Literatura en su edición 1986, el nigeriano Soyinka, quien escribe en inglés, manifestó su discrepancia con el concepto del senegalés Leopold Sedar Senghor acerca de la negritud. El tigre, dijo el autor de Ake, no proclama su tigritud, simplemente salta. Este relato, desconocido en la Argentina, muestra el concepto que Soyinka tiene sobre su olvidado continente.

James? El pastor parecía desconcertado. ¿Estás seguro de que no te equivocas?

—Yo no miento —respondió el bufón, redondo como una pelota con los ojos brillantes en la oscuridad bajo el techo de paja de la iglesia que se encendía con el repiqueteo de tambores que llegaba desde fuera.

—Calma, querido amigo. Yo nunca he supuesto tal cosa. Sólo creo que James es un nombre sumamente extraño para el hijo de un rey en esta parte de Africa. Pero bueno, en fin, que así sea.

Mojó un dedo en el tazón con agua bendita e hizo la señal de la cruz sobre la cabeza del niño que dormía.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, bautizo a este niño, príncipe James Ademola Olumuyiwa Akinjagunla Madojutimi Kupamiti, heredero del famoso trono de Abeolumo.

Inmediatamente después de pronunciadas estas palabras, el bufón realizó con desenvoltura dos volteretas y aterrizó fuera de la iglesia.

¡Viva el Príncipe James!, gritó la multitud que esperaba impaciente.

Conforme a lo convenido, se dio la señal para el lanzamiento de una salva de 101 cañonazos. De haber sido una niña, hubiesen correspondido entonces 21 disparos, como todos sabían. Pero la gente no se preocupaba por el hecho de que el hijo del rey fuese una hembra o un varón: lo importante era que un heredero había nacido y que el reino no volvería a sufrir el sojuzgamiento de Gran Bretaña, el pueblo de Abeolumo no tendría que seguir pagando altos impuestos ni obedecer las leyes extranjeras. Fuera de palacio se vendían los derechos exclusivos de las primeras imágenes del príncipe a los pintores de la corte que más ofreciesen. Mientras, los músicos ya habían comenzado a componer canciones y baladas sobre el gran suceso. No hace falta señalar que el niño durmió profundamente durante la ejecución de los 101 disparos en su honor, por lo que fue llamado Su Serenísima Majestad. Era un hermoso crío. Su tez era marrón como el chocolate, sus ojos brillaban como dos diamantes negros en lagos lechosos, y en la nariz presentaba una marca de distinción que se ensalzaba en —por lo menos— cuatro estrofas de cada canción. Cada tambor que tenía por misión difundir la noticia del nacimiento por todo el país dedicaba unos repiqueteos a la nariz. Algún pobre desgraciado que aventurara el deseo de acercarse al niño "sólo para estar seguro de que se trata de una marca de distinción y no de una verruga", se arriesgaba a ser condenado al destierro en un mal reputado país, conocido por reunir a los jugadores más ignotos del mundo.

Pero el significado real de estos hechos fue omitido por los trovadores. Los sucesos tuvieron lugar a comienzos del siglo XIX al unirse las familias reales británicas y africanas. Debemos viajar al menos doce lunas en el tiempo para describir la evolución de los hechos que llevaron a un príncipe africano a tener un nombre como James.

Fue por supuesto Oddy Summers quien sugirió al rey tal nombre. Cuando los misioneros llegaron a esta parte de Africa no sólo convirtieron al cristianismo a este pequeño reino, sino que también dejaron instalado a un equipo de expertos para asegurarse el éxito total de su objetivo. Demostraron gran astucia política, ya que como ofrenda de honor al rey crearon un cargo de asesor de los futuros príncipes y princesas, para educarlos en lo relativo a las maravillosas costumbres occidentales, lo cual se constituye claramente en un precedente de lo que mucho después realizó Su Calva Majestad Yul Brynner a su llegada a Siam. Oddy Summers era el venturoso hombre que tenía a su cargo tal responsabilidad, y en poco tiempo logró que la corte se interesase vivamente por los valores occidentales. El tal Summers era un tipo notable: en realidad, era misionero en el sentido de que tenía una misión en la vida y no porque fuese un auténtico cristiano. Summers era el diplomático más astuto que existía en el equipo de misioneros. No tenía escrúpulos, siempre decía que el fin justificaba los medios y, por ello, le tocaba en suerte domesticar a los paganos de la familia real para hacerles ver la luz. Aunque si nos atenemos a la verdad histórica —sin pretender disminuir la contribución de los misioneros— comprobaremos que su labor en Abeolumo fue sumamente sencilla. Kupamiti era un joven revolucionario que mucho antes de su llegada al poder ya había leído la Biblia desde la primera a la última página al menos siete veces (esta propaganda enemiga le fue proporcionada por un nómada cuando él era príncipe en secreto). El antiguo rey, un hombre brutal y conservador, había muerto de la misma forma en que vivió y Kupamiti, antes de la llegada de los europeos, había estado en el trono tan poco tiempo que lo único que alcanzó a procurarse fueron cinco esposas, aunque sólo tenía miradas para una de ellas. Dado que nunca se aficionó a los placeres de la poligamia, no le resultó difícil convertirse al cristianismo (la defensa de la poligamia fue en muchos países el mayor obstáculo para la extensión de las misiones). De esta forma, el rey Kupamiti recibió a sus "enemigos" con la clásica hospitalidad africana.

—Les saludo, hombres sagrados —les dijo—. No se sorprendan por el hecho de que domino su lengua, que he aprendido a través de la lectura de la Biblia. He sido advertido acerca de su llegada y los acojo como hombres honorables que son.

—Venimos con saludos y regalos para ti de nuestra reverenda reina Victoria... y de nosotros mismos.

—Al grano: Uds. han venido aquí para convertirme a mí y a mi pueblo, ¿no es cierto? No tengan miedo. Mis espías me han contado todo de Uds. y su fantástico dios blanco. Es una religión moderna y me gusta. Además me parte el corazón ver la buena comida echarse a perder en nuestro altar de sacrificio, y según tengo entendido, su dios no come. Está bien. Quiero que mi pueblo tenga muchos días festivos; he escuchado que Uds. tienen algunas fiestas...

—Claro, Su Majestad. Tenemos la Pascua y Navidad...

—Bien entonces conservo las fiestas de nuestra religión y añado las suyas. Ahora pueden convertirme. Estoy listo.

—Su Majestad, antes de bautizarle hay un par de cosas que debemos aclarar ¿Es verdad que está casado con cinco mujeres?

—Veo que sus informantes son tan buenos como los míos. Sí, tengo cinco mujeres. Confío en una salida prudencial.

—Pero, Su Majestad, para poder ser un buen cristiano, es necesario que se deshaga de cuatro de ellas.

Kupamiti se quedó tieso. Luego comenzó a andar en torno de sus invitados como un tigre irritado, examinándolos detenidamente. Apuntó su barbilla de ébano hacia ellos, chasqueó los dedos, y se fue a almorzar.

Dos horas más tarde, estaba de vuelta.

—Me he decidido —dijo—. Concédanme una semana para decidir cuál es a la que más quiero. Luego echaré a las otras.

El líder de la delegación dio un paso al frente.

—Su Majestad, espero que a la hora de tomar un determinación, considere los puntos de vista cristianos. Debe tener en cuenta el carácter, la capacidad de adaptación, la modestia, y un genio sensible y amistoso.

—Gracias —dijo Kupamiti—, pero olvidan Uds., que yo soy un hombre y no un misionero. Hay otras cosas en las que debo pensar.

—¿Como por ejemplo, Su Majestad?

Kupamiti sonrió.

—Querido amigo, aun en Africa las noches pueden ser muy frías.

El líder se tensó.

—Su Majestad... sería lascivia.

—¿Cómo?... —tronó Su Consternada Majestad.

Tras una breve estancia en la cárcel, los misioneros fueron conducidos siete días más tarde ante el rey. Kupamiti había tomado una decisión; por consiguiente fue bautizado. Esto significaba que en tan sólo unos días todo el reino sería cristianizado. Cuando doce meses después Oddy Summers sugirió que el hijo del rey debería llamarse James, Kupamiti se mostró receloso, pero Summers le aseguró que era un nombre muy común entre los monarcas británicos, y que su único motivo era unir a las dos familias reales. Mintió. Ese enlace ya estaba establecido. La realidad de los hechos sobre cómo el príncipe tuvo este nombre tiene que ver con una de la intrigas urdidas por Summers: en verdad, se trató de una intriga por todo lo alto, que por su audacia puede equipararse a las más importantes conspiraciones del Cardenal Mazzini.

La reina era estéril. Ella pudo constatarlo con decepción seis lunas después de su noche de bodas. Lloró amargamente en el arroyuelo que corría centelleante y suavemente entre los cañaverales, negro como el carbón por todas las basuras arrojadas desde el palacio. Un día, tras discutir con Summers sobre la moda de la corte londinense, ella descubrió que se encontraba ante la única persona que podía ayudarla.

—Mister Summers —le dijo—. Por desgracia, tengo el temor de ser estéril. Debe ayudarme, lo digo en serio, si no le doy un niño al rey nuestro reino volverá a sufrir el sojuzgamiento británico y nos veremos obligados a pagar terribles impuestos. Además, puesto que el rey no puede separarse de mí, el pueblo va a odiarme siempre. Ayúdeme, amigo mío.

Summers corrió a la misión, y comprendió de inmediato que el problema podría desembocar en una catástrofe tanto para la misión cristiana de Abeolumo como para las situadas tan lejos como llegasen las señales de humo y el sonido de los tambores: rápidamente, se formarían expediciones de castigo. Esta idea hizo afecto en Summers, quien regresó al palacio para tranquilizar a la reina. Otras tres lunas pasaron. Empujadas por rápidas nubes, la reina las vio desaparecer, angustiada, unas tras otras. Al fin, no soportó más y volvió a dirigirse a Summers envuelta en lágrimas.

—Tres lunas han pasado desde que abría la tristeza de mi corazón para ti, pero aún no siento los movimientos de un niño en mi seno ni veo mi vientre crecer. Incluso mi rey ha comenzado a sospechar...

—Su Majestad —respondió Summers— Ud. debe tener más fe. ¿Qué son tres lunas para mi Poderoso Dios Blanco que en un segundo puede ejecutar milagros? ¿Acaso no le he leído la historia de su hijo, que nació de una mujer que jamás conoció hombre alguno? ¿No le he contado la de Sara, aquella vieja de setenta y pico de años que dio a luz un niño fuerte y sano? ¿Por qué duda, Su Alteza de Poca Fe? Levante el ánimo, preciosa, cuando un inglés da su palabra, siempre cumple lo prometido.

Summers tenía motivos para sentirse tranquilo. El día en que por onceava vez la luna llena brillaba en el firmamento, llegó un paquete de Inglaterra, lo cual demostraba que los misioneros no perdían el tiempo. Contenía un objeto que parecía estar compuesto por dos asaderas unidas. Era nuevo, probablemente hecho de bronce, cobre o algún otro metal similar. Los misioneros se turnaban para cuidar este objeto, al que parecían estar dispuestos a defender con sus vidas si fuese necesario.

A partir de ese momento, sólo hablaban con murmullos, como conspiradores. El palacio se vigilaba día y noche, incluso los movimientos de los guardias y de la familia real eran controlados segundo a segundo. Entre tanto, el más experto conocedor de la jungla del grupo, se marchó. Era un viaje sumamente particular el que emprendió, dotado de un equipaje aún más extraño: pañales, biberones y otros elementos semejantes. Su destino era conocido únicamente por el líder de la expedición, aunque la dirección tomada señalaba la tierra de los Tarewayo, una tribu casi desconocida que se deshacía de un niño en cada ocasión que nacían mellizos. Entraban en la selva y los arrojaban al aire; el que primero caía, quedaba allí, abandonado, en tanto que el segundo era llevado a casa nuevamente, aunque tuviese la pierna rota o lo que fuera. De esta forma, quien tuviese la paciencia y la audacia necesarias, esperando en la selva un tiempo prudencial, podía hacerse fácilmente con uno de estos niños de la naturaleza.

Diez días más tarde, el misionero regresó de su enigmático viaje, sin que nadie conociese el motivo de su excursión. Las noches siguientes, el rey advirtió que los cantos de los religiosos llegaban con más vigor que nunca. Envió entonces a un mensajero para que averiguase la causa de ese sorprendente aumento de la devoción. La información que recibió fue de que "algunas veces era necesario ocultar la luz de los milagros bajo un tejido de salmos".

Al fin, se eligió la noche propicia. El rumor de que un prodigio se presentaría se extendió discretamente. Summers convenció a la reina de que aparentase estar un poco pálida —una descuidada metáfora— y le suministró una medicina para "fortalecerla". La reina durmió más profundamente de lo que lo había hecho en toda su vida. Por la mañana, el palacio entero despertó con los enérgicos berreos del futuro rey James de Abeolumo. La reina estaba fuera de sí de la alegría; en la cama, junto a ella había algo más, resplandeciente, y su entusiasmo creció entonces aún más. Summers fue el primero en felicitar al rey, que lo nombró inmediatamente caballero, por los servicios prestados al reino de Abeolumo. Una vez que todos estuvieron reunidos en la cámara de la reina, el rey descubrió el calentador sobre la cama. Lo tomó y encontró un papel de bordes dorados con las armas reales británicas. El texto rezaba: "Con los mejores Augurios del Pueblo de Inglaterra a la Brillante Nación de Abeolumo. Permitidnos, con este calentador, anudar un lazo indisoluble entre nuestras dinastías reales, como símbolo eterno para todas las monarquías del mundo".

* *Traducción de Christian Kupchik.*





HISTORIA
BRE DOS

Por Wole Soyinka

Nobel de Literatura en su edición 1986, el nigeriano Soyinka, ó su discrepancia con el concepto del senegalés Leopold Sedar ud. El tigre, dijo el autor de Ake, no proclama su tigritud, esconocido en la Argentina, muestra el concepto que Soyinka ne sobre su olvidado continente.







los cañaverales, negro como el carbón por todas las basuras arrojadas desde el palacio. Un día, tras discutir con Summers sobre la moda de la corte londinense, ella descubrió que se encontraba ante la única persona que podía ayudarla.

—Mister Summers —le dijo—. Por desgracia, tengo el temor de ser estéril. Debe ayudarme, lo digo en serio, si no le doy un niño al rey nuestro reino volverá a sufrir el sojuzgamiento británico y nos veremos obligados a pagar terribles impuestos. Además, puesto que el rey no puede separarse de mí, el pueblo va a odiarme siempre. Ayúdeme, amigo mío.

Summers corrió a la misión, y comprendió de inmediato que el problema podría desembocar en una catástrofe tanto para la misión cristiana de Abeolumo como para las situadas tan lejos como llegasen las señales de humo y el sonido de los tambores: rápidamente, se formarían expediciones de castigo. Esta idea hizo afecto en Summers, quien regresó al palacio para tranquilizar a la reina. Otras tres lunas pasaron. Empujadas por rápidas nubes, la reina las vio desaparecer, angustiada, unas tras otras. Al fin, no soportó más y volvió a dirigirse a Summers envuelta en lágrimas.

—Tres lunas han pasado desde que abría la tristeza de mi corazón para ti, pero aún no siento los movimientos de un niño en mi seno ni veo mi vientre crecer. Incluso mi rey ha comenzado a sospechar...

—Su Majestad —respondió Summers— Ud. debe tener más fe. ¿Qué son tres lunas para mi Poderoso Dios Blanco que en un segundo puede ejecutar milagros? ¿Acaso no le he leído la historia de su hijo, que nació de una mujer que jamás conoció hombre alguno? ¿No le he contado la de Sara, aquella vieja de setenta y pico de años que dio a luz un niño fuerte y sano? ¿Por qué duda, Su Alteza de Poca Fe? Levante el ánimo, preciosa, cuando un inglés da su palabra, siempre cumple lo prometido.

Summers tenía motivos para sentirse tranquilo. El día en que por onceava vez la luna llena brillaba en el firmamento, llegó un paquete de Inglaterra, lo cual demostraba que los misioneros no perdían el tiempo. Contenía un objeto que parecía estar compuesto por dos asaderas unidas. Era nuevo, probablemente hecho de bronce, cobre o algún otro metal similar. Los misioneros se turnaban para cuidar este objeto, al que parecían estar dispuestos a defender con sus vidas si fuese necesario.

A partir de ese momento, sólo hablaban con murmullos, como conspiradores. El palacio se vigilaba día y noche, incluso los movimientos de los guardias y de la familia real eran controlados segundo a segundo. Entre tanto, el más experto conocedor de la jungla del grupo, se marchó. Era un viaje sumamente particular el que emprendió, dotado de un equipaje aún más extraño: pañales, biberones y otros elementos semejantes. Su destino era conocido únicamente por el líder de la expedición, aunque la dirección tomada señalaba la tierra de los Tarewayo, una tribu casi desconocida que se deshacía de un niño en cada ocasión que nacían mellizos. Entraban en la selva y los arrojaban al aire; el que primero caía, quedaba allí, abandonado, en tanto que el segundo era llevado a casa nuevamente, aunque tuviese la pierna rota o lo que fuera. De esta forma, quien tuviese la paciencia y la audacia necesarias, esperando en la selva un tiempo prudencial, podía hacerse fácilmente con uno de estos niños de la naturaleza.

Diez días más tarde, el misionero regresó de su enigmático viaje, sin que nadie conociese el motivo de su excursión. Las noches siguientes, el rey advirtió que los cantos de los religiosos llegaban con más vigor que nunca. Envió entonces a un mensajero para que averiguase la causa de ese sorprendente aumento de la devoción. La información que recibió fue de que "algunas veces era necesario ocultar la luz de los milagros bajo un tejido de salmos".

Al fin, se eligió la noche propicia. El rumor de que un prodigio se presentaría se extendió discretamente. Summers convenció a la reina de que aparentase estar un poco pálida —una descuidada metáfora— y le suministró una medicina para "fortalecerla". La reina durmió más profundamente de lo que lo había hecho en toda su vida. Por la mañana, el palacio entero despertó con los enérgicos berreos del futuro rey James de Abeolumo. La reina estaba fuera de sí de la alegría; en la cama, junto a ella había algo más, resplandeciente, y su entusiasmo creció entonces aún más. Summers fue el primero en felicitar al rey, que lo nombró inmediatamente caballero, por los servicios prestados al reino de Abeolumo. Una vez que todos estuvieron reunidos en la cámara de la reina, el rey descubrió el calentador sobre la cama. Lo tomó y encontró un papel de bordes dorados con las armas reales británicas. El texto rezaba: "Con los mejores Augurios del Pueblo de Inglaterra a la Brillante Nación de Abeolumo. Permitidnos, con este calentador, anudar un lazo indisoluble entre nuestras dinastías reales, como símbolo eterno para todas las monarquías del mundo".

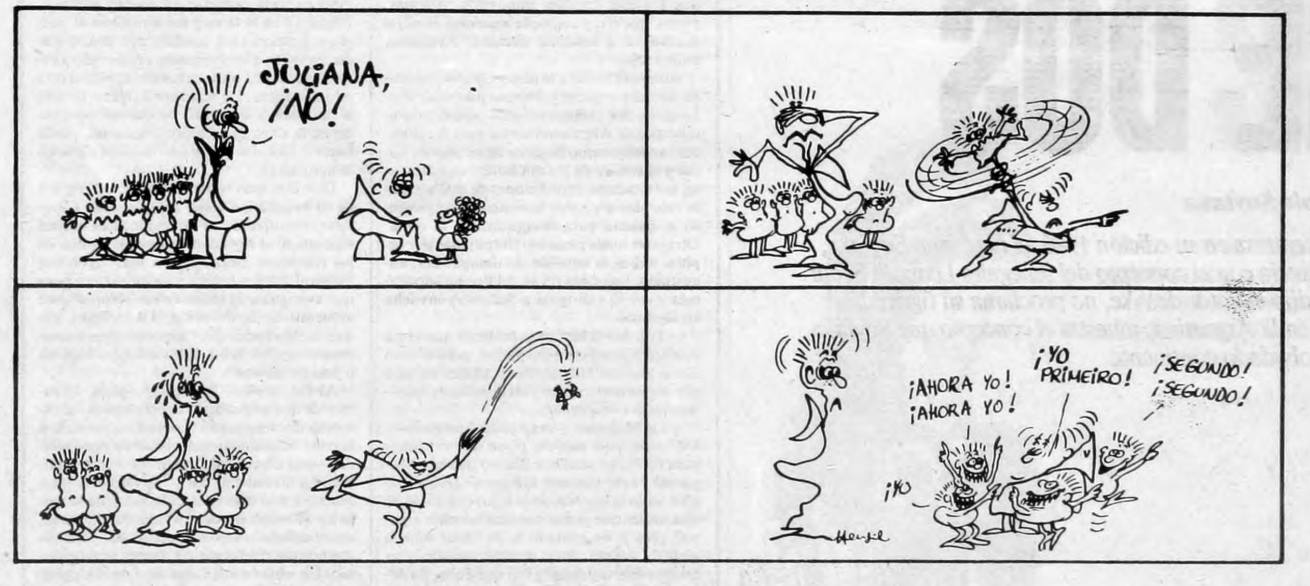
* *Traducción de Christian Kupchik.*

LOS MONJITOS

Por **HENFIL**







GARAY EDICIONES

JUEGOS

27 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1					
2				D	
3					
4					
5					
6				R	
7					
8					
9			F		

DEFINICIONES

1. Embarcación.
2. Armadura para los caballos.
3. Acción de calzar.
4. Naipe.
5. Acción de cortar.
6. Acción de correr.
7. Serpiente venenosa.
8. Metal rojo pardo.
9. Baúl, caja de madera.

27 "LA SOPA DEL 7"

J	E	O	L	L	E	S	T	O	L
O	S	Y	R	B	N	M	K	L	Ñ
T	U	G	W	E	L	A	O	P	G
R	E	P	A	S	T	E	N	D	I
O	T	S	E	R	U	R	I	C	E
F	I	L	T	Q	S	T	A	P	M
A	M	O	N	A	B	O	J	C	S
R	B	A	D	N	F	S	G	O	N
G	R	O	S	A	Q	E	B	C	A
F	E	N	H	C	V	R	T	D	F
C	O	T	R	A	E	P	D	A	S
L	K	J	H	G	T	M	O	R	L
O	L	I	U	Y	V	I	T	P	E

Encuentre los nombres de 7 términos postales que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

27 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
2	0	1	8	0	2
4	0	7	3	0	1
5	2	1	0	1	0
8	9	7	3	2	0

				B	R
				4	0
2	1	3	6	1	1
3	2	8	5	0	3
5	9	0	7	0	2
7	8	0	4	1	0

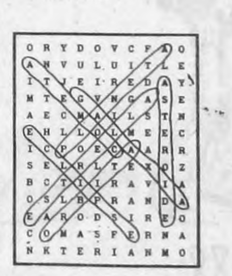
SOLUCIONES

26

"TRANSFORMACION"

TORTA
TARTA
MARTA
MARCA
MANCA
MANTA
MANTO
MANSO
CANSO

"LA SOPA DEL 7"



O	R	Y	D	O	V	C	F	A	O
A	N	V	U	L	U	I	T	L	E
I	T	J	E	I	R	E	D	A	Y
M	T	E	G	V	N	G	A	S	E
A	E	C	M	A	I	L	S	T	N
E	H	L	L	O	L	M	E	E	C
I	C	P	O	E	C	A	A	R	R
S	E	L	R	L	T	E	X	O	Z
B	C	T	I	I	R	A	V	I	A
O	S	L	B	P	R	A	N	D	A
E	A	R	O	D	S	I	R	E	O
C	O	M	A	S	F	E	R	N	A
Ñ	K	T	E	R	I	A	N	M	O

"NUMERO OCULTO"

1. 6324
2. 7058